

DISCURSO DE CONTESTACIÓN
DEL
DR. D. LUIS COMENGE

ILMO. SR.

SEÑORES:

UN meritísimo profesor, maestro oficial de esta escuela, con más lauros que lustros y muy versado en asuntos pertinentes á la Clínica y en los relacionados con la Historia y Literatura de nuestra Facultad, sin sospechar, en su modestia, el ansia con que le esperamos y la riqueza que de su apoyo nos prometemos, más que respetuoso, encogido, aquí se acerca; á este recinto llama con el áureo y hermoso aldabón de su afilegranado discurso, de su arabesca disertación biobibliográfica, á fin de que le otorguéis amoroso hospedaje en esta mansión augusta de las ciencias sanitarias.

El nuevo compañero, el Dr. González Prats, ilustre ya por sus cargos y prestancias, es un primate de la medicina, y en esta casa tiene propio sillón al cual llega sin arquear la espina, doblar rodilla ni vencer esos obstáculos que atajan los ímpetus de la ambiciosa mediocridad.

Ignoro dónde caerá la ganancia en esta feliz conjunción, si del lado de la Academia ó de parte del neófito; pero afirmo que ésta es una boda científica de conveniencia y amor, en que la Corporación tiende sus brazos al socio electo, con ufanía y contento, en correspondencia con la emoción anhelosa con que él á nosotros viene...

Muestra es, señores, de crueldad, asaetar, en esta ocasión, la modestia del prójimo con una granizada de pomposos elo-

gios que, aun cuando merecidos, producir suelen visible mal-estar, indefinible angustia, que se traduce en roja y noble protesta en las mejillas del obsequiado.

Enemigo yo de martirios, permitidme que, rompiendo la consuetud, omita apologéticas frases á que siempre me sentí inclinado; esta parte de mi honroso cometido la llenaré diciendo no más: « Respetable Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona: el nuevo socio es digno de ti; compañeros míos: en el Dr. González Prats tendréis, como colaborador, un gigante; como hermano, un Benjamín; su expediente, su historia y sus publicaciones sancionan tales opinión y esperanza ».

Al llegar á este punto, echo de ver que lo escrito es sobrado corto y harto insignificante para constituir el mensaje de bienvenida y de académica recepción que tuvisteis á bien encargarme para más enaltecerme. Forzoso será proseguir... Escribamos, pues, y cúmplase vuestra voluntad, mas no sin advertiros que conozco perfectamente lo espinoso de mi tarea.

Con efecto, no hay que ser muy lince: hablar con imparcialidad de un colega eminente que, en alas de su inusitada condescendencia, recuerda y aplaude mis leves y rudas investigaciones y exalta mis escritos hasta la categoría de textos y guías de sus labores; juzgar con novedad y fruto la bellísima síntesis histórica compuesta para esta festividad y de un mérito superior á todas mis aspiraciones y potencias, y emitir, por fin, juicios sobre Doctor y Memoria, ante vosotros, conocedores de mi parvedad literaria y científica, cuando vuestro espíritu, impregnado de deleite, se halla absorto y maravillado del gallardo esfuerzo de erudición y de crítica realizado por el novísimo historiador de la Medicina hispano-árabe, esto, señores, es superior á mi valimiento, requiere ello supremas calidades, algo ciclópeo, no alfeñiques del saber!...

Por otra parte, aunque yo, por mi ventura, tuviese preparación, autoridad y denuedo para entrar en ilustraciones y comentarios á un tal y tan acabado discurso, ¿no se tacharían de impertinentes y tautológicos semejantes discreteos y escolios con menguada oportunidad ofrecidos?

Sí, evidentemente. En las actuales circunstancias, considero irrespetuoso procedimiento el de glosar, exprimir ó parafrasear doctrinas, opiniones y referencias del discurso reglamentario,

y á más no podría tal conducta encaminarse sino al estéril y pueril objeto de alardear de suficiencia ó de convertirme en yedra de una reputación de sólida raigambre y envidiable lozanía que recibimos hoy con orgullo, y con ilusión trasplantamos en nuestro vergel académico.

Constreñiréme, por tanto, á exponer contadas y ligeras consideraciones motivadas por el tema desarrollado con acierto y forma gentil. Y ello con rapidez; no quiero dar pábulo á que me diga vuestro enojo aquello de:

Déjame ya sus páginas hermosas
libre leer de intérpretes y glosas.

... Frente al ramillete histórico literario de nuestro compañero, á vosotros toca juzgar, á mí aprender y á todos celebrar y aplaudir la belleza del trabajo.

*
**

Ya lo habéis oído: por amor á la patria chica, siempre vivo, por ardiente cariño á las ciudades andaluzas, por admiración y respeto á las glorias hispano-árabes y judías, y llevado del noble afán de rectificar livianas y muy corrientes opiniones que el valer de pretéritos siglos y de insignes varones menoscaba, ha compuesto el Dr. González Prats una Monografía sobre asuntos de la historia médica nacional, que es un verdadero libro y que servirá, como todo lo bueno, para muy altas y variadas cosas, conviene á saber: de arras espléndidas en esta boda académica; para ilustrar la enmarañada historia de la medicina agarena; para enriquecer el tesoro biobibliográfico de los escritores musulmanes de España y para edificante ejemplo de futuros y liberales investigadores, quienes, sin duda, consagrarán sus aptitudes al estudio de una rama histórica que pide á voces urgente, pertinaz é intenso cultivo. Tan sólo imitando á nuestro consocio lograráse descubrir libros ignotos, honrosas y olvidadas instituciones, apreciar doctrinas, expurgar textos, preparar la historia, venerar, con motivo, á varones sabios y caritativos y devolver á la patria los girones de honra que la garra de la malquerencia ó de la ignorancia arrancaron con detrimento de la verdad.



Pero ¡ah, señores, y cuán dolorosa es la exclamación!; esta suerte de laboriosas investigaciones por las selvas de manuscritos é infolios no despiertan, por desdicha, aprobación unánime.

¡Y se comprende...! Seres hay que, viviendo precisamente por usurpar el papel á las bestias, reducen las manifestaciones de la humana energía á disparos motrices, al vibrante relampagueo de fibras y músculos; de índole medular, como los abúlicos y esclavos por natura, para nada necesitan, esos infelices, la historia, cuya suprema finalidad no vislumbran, y son incapaces de perfección psíquica.

Pululan otros individuos, disfrazados de listos, que adoptan el empaque del sabihondo, en el cual esconden miras y fines profundamente egoístas; á los tales la historia les molesta, les perjudica y la odian porque señala sus defectos, descubre la burda hilaza de su pensar y retrata las virtudes de los insignes, lo que amarga á estos envidiosos, de mentalidad y moral adulteradas; y no aman el pasado, ni respetan el presente; por lo suyo hipan y en lo propio se embriagan; en su vanidad inextinguible, no aplauden ni repasan más historia que la de sus deseos, instintos y fatuidades.

Agregad á estas castas de sujetos los que reclutan la pereza, la incultura y metalofilia, y daréis con la numerosa hueste de historiófobos y biblioclastas y con la más copiosa de los indiferentes en lo que atañe al pasado de nuestra profesión benéfica.

Antítesis honorable de tales inclinaciones son las del doctor González Prats; en lugar predilecto de su equilibrada inteligencia y en el centro de su ética profesional, figura la necesidad, el vivo anhelo de conocer y desentrañar la evolución de la Medicina como institución viviente por la savia de las generaciones, por la eficacia de los siglos y por el impulso de los sabios, dignos siempre de imitación y respeto.

Nuestro nuevo consocio es de los estimadísimos escrutadores del pretérito, de donde surgen materiales que el espíritu elabora y convierte en norma y régimen para la vida profesional perita, decorosa, hidalga.

No admite discusión que las *alturas* ó cúspides de la humana inteligencia, que los eminentes, los excelsos, los que absorben y concretan la admiración de las generaciones y de las centu-

rias mucho pesan y valen en la composición de la historia médica; faros son del estudioso, hitos del progreso, áureas cimas de la profesión, y, por fin, puntos de vista que el método, la gratitud, la admiración y el ansia de síntesis obligan á reconocer y conservar.

Con todo, razonable y conveniente es no abandonar la convicción de que estos pináculos, dorados por la fama, no constituyen la total historia, porque entonces olvidaríamos, con notoria injusticia, al sinnúmero de modestos obreros, inmensidad de partículas preciosas que forman y sostienen esas cumbres del saber á que apellidamos *sobresalientes, excepcionales, GENIOS.*

El cielo de nuestra ciencia, como el firmamento, no se compone de astros brillantes, imprevistos y fugaces, ni aun de soles combinados con átomos y estrellas, sino de espléndidas é infinitas constelaciones, unidas por una ley soberana y eterna, que en el mundo de la ciencia es la persistencia de la verdad y la tendencia del alma á labrar la dicha y la gloria humanas.

El genio, función providencial del psiquismo de la colectividad y del tiempo, lo es y lo fué donde y cuando le comprendieron; el genio es útil y perdurable cuando es la purificación del saber ó de las aspiraciones de las épocas, y cuya fórmula, concreta y hacedera, proporciona su privilegiada mente; medró Averroes porque le entendieron y concretó una tendencia filosófica; prosperó Avicena, porque le admiraron como maestro de curar; aplaudieron al cirujano Abulcasis por su pericia quirúrgica insuperada en sus tiempos; el público de Homero, de Schillo, de Fidias... de Cervantes vibró al unísono con el alma de estos preclaros: algo tuvieron de común la mentalidad de los egregios y el espíritu del siglo y del pueblo que ilustraron.

Maimónides en la actual corte de Marruecos no se concibe, ni comprendemos á Galeno fuera de los siglos medios, ni á Messué en los días presentes, es decir, lejos de su adecuado ambiente y de las fuentes de su cultura.

Esto nos advierte que los musulmanes de Córdoba, Toledo, Granada y Sevilla habían de gozar de un conveniente y lógico grado de civilización al tiempo de aparecer y prosperar los sabios muslimes de que nos queda grato recuerdo, y deja, además, fuera de duda, que las comarcas andaluzas no estuvieron

habitadas por hordas, que el imperio hispano-árabe no fué una mancha de salvajismo y un refugio de bárbaros donde, por maravilla inexplicable, surgieron y brillaron sapientísimos filósofos, matemáticos, arquitectos, poetas, naturalistas, geógrafos y médicos!...

Y la historia que ha compuesto el digno y novel académico no es de índole aristocrática; no se dirige á ensalzar á los egregios solamente; estudia la eficacia de los tiempos, la naturaleza de las instituciones, la tendencia de las doctrinas, el influjo de las costumbres, la masa viviente, poniendo á contribución buen golpe de erudición y de constancia.

Hojeando la monografía que acabáis de saborear, ya no cabe incurrir en equivocaciones de tanto bulto como la de confundir ó equiparar la Córdoba musulmana con un aduar extenso...

Córdoba, escribió un investigador respetable, con su medio millón de moradores, sus tres mil mezquitas, sus palacios soberbios, sus ciento trece mil casas y sus veintiocho arrabales, no tenía par en las ciudades, á excepción de Bagdad, con la cual se complacían sus habitantes en compararla, y su fama llegaba hasta el centro de Germania; no era, por tanto, aquella grandeza urbana fascinador atavío que encubriese una administración ruinosa ó exhausta de recursos. El suntuoso Abderrahmán III, después de emplear cuantiosas sumas en motivos bélicos, en monumentos y mejoras, dejó en el tesoro á su sucesor muchos millones de doblas de oro y dotada á la ciudad de servicios útiles, entre ellos la vigilancia nocturna, compuesta de serenos con sus faroles y perros de presa.

En tiempos de Alhacam II, fructificaron con esplendor las escuelas árabes, griegas y rabínicas en Córdoba.

Y esta riqueza, este florecimiento, esta grandiosidad de los pueblos musulmanes, traen á la mente las costumbres de los sabios islamitas, y todo junto me impele á no desechar por delirante la idea de que esta solemnidad pudiera considerarse como trasunto de una fiesta literaria de musulimes, en la que González Prats viene á ser un Ben-Djiol-Djiol redivivo, ofreciendo las primicias de sus investigaciones médico-históricas acerca de los sabios mahometanos, á la tertulia ó *mechlese*, representada por esta docta corporación...

Todos, con efecto, habéis oído el inspirado canto ensalzador de las glorias agarenas, de los progresos de la ciencia, de la civilización islamitas, de la virtud y sabiduría de sus doctores; en esta noche os habéis deleitado escuchando narraciones y juicios de un erudito profesor nacido en los países de l'Andaluz, nutrido con las enseñanzas de Granada, y que refleja en su imaginación los rayos del sol de la Bética y en su persona el tipo árabe con dorados espejuelos, al que sólo faltan el jaique albísimo y el llamativo turbante para tomarlo como hijo del Profeta. Si, por un esfuerzo de imaginativa, cambio la indumentaria de los asistentes, traslado la velada á Medina Azzara y retrocedo con el pensamiento unas cuantas centurias en busca de aljamas, walfes y taifas, la ilusión será completa...

¿Qué se opone á semejante trasmutación?

El tiempo con su incontrastable fuerza, se dirá; pero, como es infinito, en la marcha del universo, unos siglos más ó menos nada absolutamente significan. Por lo demás, en España vivimos, el cielo y el suelo son los mismos que gozaron los súbditos de Almanzor; cuestión de óptica forman armas, pompas y trajes; en cambio, el ideal de aquellos doctores y el que á vosotros guía son idénticos y nobilísimos: salud del cuerpo y perfección psíquica de los humanos. Todo, pues, en esencia, subsiste; sólo ha cambiado, y grandemente por ventura, la función del arte de curar, que por la sublime eficacia de la investigación y del pensamiento de las generaciones, se ha sublimado al saltar de Avicena á Lister y Pasteur, al trasladarse desde el almarestán á la clínica, desde la alcarraza del droguero ó del alquimista al laboratorio biológico, al substituir pócimas y jarabes por alcaloides y sueroterapia, con lo cual la ciencia se ha engrandecido y salvado simas incommensurables, señalando á los venideros el camino de nuevos triunfos y también las venerables figuras de los principales factores del progreso médico-quirúrgico.

En craso error, pues, á mi ver, incurren cuantos equiparan ó confunden los súbditos de Hixem ó de Abderrahmán con las actuales kábilas rifeñas; aquellos magnánimos, instruídos y afables musulmanes, en poco se parecen á las tribus impulsivas, fanáticas y perezosas del Mogreb, que esperan con el

rosario vencer al destino y con los aspavientos del santón alejar las pestes...

Pasaron ya los sarracenos; bendigamos su ausencia y pidamos que no resurja la civilización musulímica; permanezcan en la negra oquedad de los siglos su intolerancia, sus preocupaciones, su fatalismo enervador, sus delirios de alquimia y sus brevajes.

Yo quiero para mi nación que el progreso no se detenga, y prefiero las generaciones que formen su conciencia con los resoplidos del vapor, las centellas de la electricidad, los vértigos de la imprenta, los asombros de la luz invisible, de la telegrafía sin hilos, de la democracia benéfica sin odios ni privilegios y, en suma, los espíritus que aspiran á mayor perfección y no cesan en su agradecimiento á sus predecesores ilustres...

Pero esta aspiración y también la repugnancia que nos produce el actual espíritu moruno, no pueden eliminar ni extinguir el benéfico influjo de los agarenos en la cultura de Europa y singularmente de España en los siglos medios. La isla de l'Andaluz, como llamaron á Iberia las huestes del Profeta, mucho tuvo que agradecerles; no todo fueron calamidades y estragos; la civilización, la ciencia y las artes hispano-gólicas conquistaron positivos adelantos con la venida de los hijos de Mahomet.

Yerran, de igual suerte, los que niegan este influir ventajoso como los que consideran á los musulimes cual creadores y regeneradores de la mundial cultura y de la arte médica en particular.

Cierto que en punto á doctrina poquísimo podía crear un pueblo errabundo y pastor al convertirse en guerrero, sanguinario y fanático; pero experimentaron los agarenos ulteriores y positivas transformaciones. Y ya es evidente que los invasores y sus aliados no permanecieron en el estado primario de miseria intelectual y ética; á poco se ilustró el árabe y trajo á nuestra península la savia griega y alejandrina que, por sendas septentrionales, había, sin embargo, ya penetrado aquí, si no con tanto empuje, con relativo señorío, merced al celo de los católicos.

Lenguaje, textos, costumbres, instituciones, industrias, monumentos, disciplinas, referencias y autoridades citadas en libros cristianos, procederes curativos y profilácticos, todo, todo, hasta

bien entrado el siglo .xvi, delata, con luz meridiana, la eficiencia musulmana que, en el organismo médico, penetró hasta la propia médula de la institución, no ya sólo en Iberia, sino en toda Europa, según comprueban las costumbres y los autores de las más renombradas escuelas. En lo que atañe á semejante influjo ya no cabe discusión; es punto ventilado y resuelto y brillantemente reclaveteado por el Dr. González Prats.

Sobre el grado é intensidad de la acción muslime se disputará luengos años; materia de apreciación personal, sus elementos surgen á veces de turbios manantiales é incompletas referencias.

Pero se aclara y certifica el concepto del valor civilizador de los moros juzgando su dominación no como incidencia fulmínea, sino como un metabolismo político realizado en varios siglos por complejas sociedades y mediante el actuar de variedad indecible de concausas externas é internas, es decir, cual un lapso extenso é intrincado, no como suceso breve ó efímero señorío.

Empero todos los asuntos que atañen á los hispano-árabes se mantienen, como por sino fatal, en la más desesperante obscuridad, y hasta los hechos más salientes ostentan un nimbo de novela que el alma nacional, siempre artista, se resiste á destruir. *Verbi gratia*: la tradicional y poética narración, que los niños saben de coro, y se cimenta en la espantosa batalla del Guadalete, en la deserción villana del obispo D. Opas, en la traición de D. Julián y en la muerte de D. Rodrigo, forzador de la *Cava*; toda aquella tragedia, tan sugestiva como bien urdida, en que los innumerables y fogosos jinetes africanos de blancos jaiques, bruñidos capacetes y corvos alfanjes derrumbaron, al ímpetu de sus corceles, el imperio visigótico, pisoteando la civilización y la personalidad política de España, tiénese hoy por infundada leyenda, sin otro apoyo que el numen poético y el resplandor de la fantasía. La implacable y juiciosa crítica moderna sospecha, con fundamento, que no hubo tal encuentro en las orillas del Guadalete, sino en el Barbate; que es más que problemática la deserción del obispo; un sueño la venganza del puntilloso conde de Ceuta; delirio la muerte del rey, pues D. Rodrigo gozó de buena salud, años después, hasta la catástrofe de Segoyuela y, por fin, que ni la

caballería de los africanos era innúmera y gallarda, ni la invasión musulmana pasó de un vulgar suceso, de una intervención solicitada por el bando enemigo del monarca y formado por los rebeldes partidarios de Witiza, sólo que, como de ordinario, el aliado agareno se quedó luego con el santo y la limosna en pago á su eficaz arrojó en aquella guerra civil sustentada por la codicia.

La moderna investigación ha descubierto que entraron los musulmanes en son de paz, como auxiliares deseados, como libertadores de un pueblo oprimido y deshonrado, como vengadores de un gobierno odioso, y así las ciudades y pueblos se apresuraron á franquearles las puertas; de otra forma no se concibe que un ejército exiguo y separado de su natural base de operaciones, pasara triunfalmente la península, dominara á un pueblo extenso y sometiera á una raza que demostró indomable valor desde que se percató del engaño, durante siete siglos de reconquista...

Otra equivocación profunda incuba la suposición de que los mahometanos fueron siempre aborrecidos de los católicos y sin relaciones con éstos. Entre dominadores y avasallados mediaron lazos íntimos, constantes, en todas las manifestaciones de la vida, muy cordiales por cierto, fuera de los actos de guerra. Y, aun en estas empresas solían mutuamente prestarse auxilio decidido, aunque no desinteresado.

¡Cuántas veces los ejércitos cristianos pelearon á sueldo á favor de agarenos y contra los de su propia raza y religión!

Las relaciones entre los dos pueblos, por imposiciones de la vida común, comercial y agrícola se robustecieron con los vínculos de sangre. La mujer de D. Rodrigo, por ejemplo, contrajo matrimonio con el caudillo árabe vencedor de su primer esposo, acto político de no pequeña trascendencia; Muza, caudillo musulmán, casó á una hija suya con el conde García; D.^a Sancha, hija de un conde aragonés, se unió al rey moro de Huesca, cuyo matrimonio engendró á Muza, marido luego de D.^a Dadilde, hija de Jimén Garcés, rey de Navarra; una nieta de Iñigo Arista casó con Abdalá, príncipe cordobés, siendo abuelos ambos de Abderrahmán III; el propio Almanzor tomó por mujer á Teresa, hija del conde Sancho de Castilla....

Dice un ilustre historiador á este propósito (1) que los cruzamientos debieron ser numerosos en todas las clases sociales, obligando á ello también la falta de mujeres en los guerreros invasores, diferentes en esto de los germanos, cuyas emigraciones eran en masa, de la población entera.

Aparte de estas relaciones, recuérdese que en el seno mismo del estado musulmán existían grandes núcleos de españoles, renegados unos, cristianos otros (mozárabes), con el aditamento de otras clases sociales como los muladíes, maulas, siervos, eunucos, esclavos, que desempeñaron indudable cometido, á las veces importante, en las comunicaciones, y no se olvide tampoco á los mudéjares, de influjo civilizador, difusores de la cultura y que favorecieron y avivaron los contactos mentales entre los dos pueblos. Tampoco podemos prescindir, en punto á relaciones cristiano-árabes, del valioso papel intermediario que desempeñaron los israelitas españoles durante luengos años; éstos, no obstante persecuciones y matanzas que amargaron su existencia, mejoraron notablemente de posición social con la venida de los hijos de Mahoma.

El pueblo judaico, dotado de excepcionales aptitudes individuales que justifican su persistencia y pujanza (á despecho de las crueles agresiones sufridas y de los odios que su presencia concita en medio de otras razas con las que vive pero no se funde), careciendo de cualidades de asociación política y no pudiendo constituir una entidad nacional perfecta por falta de aquella laca, sinovia ó aglutinante que une á los individuos como el tejido conjuntivo á los órganos, ni establecer la unidad psíquica de los pueblos, el alma nacional, como se dice al presente, convivía con árabes y cristianos, aprovechándose de sus condiciones y ventajas, pero dejando, como crónico huésped, residuos benéficos siempre menores que las molestias de su concurrencia, agravada por diferencias de religión, de costumbres é ideales y por el espíritu de proselitismo ofensivo á los vecinos.

Los israelitas gozaron de una vida simbiótica en las naciones musulmanas y católicas, en cuyo organismo político hallaron protección y ventajas que pagaron ó recompensaron de varios modos: facilitando y extendiendo la cultura, colabo-

(1) Altamira, Rafael.

rando en el régimen económico y comercial de las naciones, sacando de apuros al tesoro de los reyes, magnates, califas, adelantados, walíes, y cultivando, por fin, la Medicina, que es lo que á nosotros incumbe.

Sólo así, admitiendo esta simbiosis político-social, llegaremos á comprender la accidentada y singular existencia é influjo complejo de los descendientes de Judá en dominios cristianos y musulimes de España.

Para más esclarecer el punto histórico, de suma importancia, concerniente á las relaciones científicas y sociales de los conquistadores y subyugados, no estará de sobras insistir en la índole pacífica de los primordiales contactos entre los dos pueblos, y recordar que casi todos los cristianos españoles fueron, al principio de la conquista, *moctárabes* ó *mozárabes*, por transigencia de los invasores, quienes permitieron á los vencidos su religión, usos, costumbres, leyes, ritos y propiedades.

La mayoría de los esclavos visigóticos quedaron manumitidos por los árabes, y así constituyeron ellos nutridos centros de población mixta; por desgracia, los fanáticos Almorávides dieron al traste con esa tolerancia y con la quietud de los cristianos; á título de represalias se organizaron después las persecuciones de los mudéjares y aquellas razzias, enconos y atropellos, asaz frecuentes, para los que, á veces, se tomaba por pretexto la religión del Crucificado.

Cuantos acogen con incredulidad ó con antipatía el renacimiento de las ciencias y de las artes en los siglos tenebrosos para toda Europa, menos para los dominios musulmanes, y los que desconfían de la originalidad y aun de la aplicación y lozanía del pueblo hispano-árabe y hebreo en las centurias décima y las dos subsiguientes, confeccionan ó templan sus argumentos más poderosos en los defectos de que adoleció la dominación sarracena, y que, por cierto, desmoronaron su poderío, causaron su retroceso, sus convulsiones y trasladaron á la universidad cristiana la preponderancia de madrazas y aljamas. Aquellas imperfecciones, entre otras ciento, son: el fanatismo é intransigencia religiosos; el predominio de la aristocracia de sangre y de espada; la desmedida influencia de los acaudalados, árbitros del poder con sus larguezas; la exacción

violenta, el cohecho y la concusión, tolerados por el inmoderado afán de riquezas y la necesidad de asegurar con éstas vida, honores y derechos; la división de castas; la existencia de latifundios; la hegemonía de los audaces, retóricos, santos y favoritas; el individualismo tenaz; el odio al vecino, concitador de las guerras intestinas y cuchilla trucidadora del imperio en taifas y cantones... Pero, ¿es que esas llagas político-sociales no se conocieron en naciones cristianas de aquel tiempo ni existen en Estados más cercanos á nuestros días? ¿Es que semejantes lacerias son exclusivas de los moros? De ninguna suerte.

No exageremos; algo bueno tuvieron é hicieron los árabes; su constitución en los primeros tiempos no debe considerarse como cruelísima enfermedad en la existencia de los españoles mal avenidos con los visigóticos. No todo lo agarenó fué malo ni peor; aparte de las irrefragables pruebas de su cultura, de su progreso, de su transigencia en las primeras décadas, mencionemos lo extendida que entre ellos estaba la costumbre de los viajes científicos, el sinnúmero de grandiosas bibliotecas, la profusión de baños públicos, la institución del juez de injusticias, encargado de procesar á los aplicadores de la ley, el estado florido de la instrucción pública, ya que casi todos sabían leer y escribir, las funciones de arquiátracos, examinadores y alcaides de almarestán, y, por fin, los descubrimientos en todas las disciplinas del saber, según acertada y sobriamente nos ha dicho el nuevo académico, quien ha recordado con estilo vibrante, que á los centros de los mahometanos acudieron enfermos y sabios de lueñas tierras, unos en busca de salud y otros en demanda de conocimientos que difundir entre sus conterráneos. Ya en el siglo décimo la fama de la cultura musulime y su influjo en los pueblos de las orillas del Mediterráneo, singularmente en asuntos médicos, fueron grandes é incontrastables, y como los adelantos científicos y artísticos de un país nunca pueden encerrarse en sus límites, porque como los perfumes, se difunden y trascienden á mayores distancias, las doctrinas y métodos agarenos vinieron á informar y á prestar inusitado impulso y modernos caracteres y esplendor á los estudios cristianos antiguos, ocasionando la creación de otros nuevos.

Ahora bien; rodeada Cataluña, durante el azaroso período de la reconquista, de pueblos mahometanos, en constante relación con ellos, teniéndolos por enemigos hoy, por aliados ayer y por amigos mañana; sirviéndose el pueblo y magnates de profesores israelitas y musulimes de prestigio, alumbrada la tierra condal por aquella civilización nueva, radiante y cercana, los catalanes, digo, se valieron de la paz, de la guerra y del comercio para adquirir la mayor copia de conocimientos y rendir homenajes á la ciencia mosaica y agarena. Omitiendo valencianos, aragoneses y baleáricos, en este país florecieron, en el período aludido, ilustres moros y rabinos, como Abraham-Ben-Chija, nacido en Barcelona por los años de 1070, autor estimado de varios libros y uno sobre la naturaleza y composición del cuerpo humano; Abraham-Ben-Schemuel Chasday, mosaico de sumo renombre en ciencias naturales y que floreció en el siglo xi; el gerundense Rambán, apellidado *padre de la ciencia*, discípulo del famoso Ben-Hezra, ilustrador de la Medicina y otras ciencias; insigne jurista y famoso médico fué Harap (siglo xiii); árabe y tortosino fué Mahomet-Albavi, profesor de gran nombradía; en Barcelona nació, en el siglo xiv, Azarías Bomposch, erudito traductor de Galeno y elemento valioso del renacimiento médico; Crexquas, el rabino, perito en el arte de curar y oculista de Juan II de Aragón, pertenece á esta comarca, cuyos reyes tanto favorecieron á los judaicos preceptores de los árabes é intermediarios del saber de éstos y de los cristianos.

Gratuita suposición, no obstante todo lo dicho, sería la de que el saber de los catalanes procedió directa y exclusivamente de las escuelas musulmanas é israelitas: la cultura de este país, como la del sud de Francia, tuvo además otro origen: el celo de los sacerdotes y maestros cristianos, inolvidable en la historia de la civilización.

No pudieron gozar mucho tiempo del suelo catalán los sec-tarios del Profeta, toda vez que, al terminar el siglo viii, al fallecer el gran Wifredo *el Pilós*, conde de Barcelona, desde el Pirineo al Llobregat, desde el Segre al Mediterráneo, era un pueblo independiente, que había logrado romper el yugo sa-

rraceno gracias al apoyo inicial y valioso de los reyes francos. Así, pues, al morir Wifredo, « *al cloure per sempre sos ulls, podía reposar tranquil sota la volta del temple ripollès, purig que 'ls dominis quedavan arrodonits y lliures de tot jou; la terra promesa recobrada y la patria aparexía unida y forta com un gran escut en quals estrems brillavan les nevades puntes del Canigó y les daurades agulles del Montserrat surmontades per la creu, la blava ribera del Mediterrani y la platejada cinta del Segre bullidor* ».

Y tocante á la civilización médica de Cataluña durante la serie de años que separan el advenimiento y ruina de los musulmanes, podemos aseverar que, como la del resto de España, quedó aletargada en las décadas inmediatas á la invasión agarena. El batallar incesante, la intranquilidad pública, los vaivenes políticos y la rudeza de la medicina visigótica, motivaron la paralización del arte en los siglos VIII y dos subsiguientes centurias. En este período, la medicina catalana tuvo raíces greco-latinas y savia francesa. Las huestes de esta nación libertaron á nuestra comarca de la esclavitud de los árabes, y además la simpatía, las creencias y los intereses sociales justificaban la fortaleza, intimidad y constancia de los vínculos entre los dos pueblos hermanos, separados apenas por las vertientes pirenaicas.

Durante el dominio de los condes fué Cataluña feudataria de Francia, y á nombre de sus monarcas se gobernaba y se otorgaban escrituras; así que la cultura agarena ejerció aquí el influjo eficaz de otras naciones, sí, mas no tan directo y estrecho como en dominios del riñón de la península.

Antes de que las aljamas árabes hubiesen alcanzado su esplendor y prosperidad de todos conocidos, en Cataluña existían escuelas donde se estudiaban ciencias naturales y á las que acudieron hombres de lejanas provincias. Estos centros, evidentemente cristianos, dirigidos por sacerdotes y protegidos por los obispos, eran antorchas de ilustración alimentadas con el calor, más ó menos intenso, de la vieja ciencia greco-latina y subsistía la tradición médica sin dependencia exclusiva y apretada de los musulimes.

Ya se juzga cosa cierta que en las centurias XI y XII Gerona, Vich, Barcelona, Tarragona y Urgell tuvieron escuelas catedralicias donde se conferían grados de todos los saberes y

había maestros subvencionados para estudiar en otros centros, lo cual indica que tales cristianas instituciones, madres de las universidades, mantuvieron el rescoldo científico en aquellos remotos días.

Las crónicas de Jaime I, de su padre, como las de Pedro el Grande y Jaime II, enseñan que hubo en esta comarca médicos famosos, archiatros de autoridad é instituciones profesionales y caritativas sin directo origen mahometano ni dependencia de los cruzados.

La creación de los médicos forenses y exhospitadors, las funciones de los visitadores de pobres, profesores titulares contratados por anualidades, los revisores de boticas y examinadores de médicos y cirujanos, etc., más bien fueron trasuntos de las costumbres romanas que modas importadas de la Arabia.

Parece ser que los aspirantes agarenos, antes del siglo XIII, después de la enseñanza general ó preparatoria, oían á maestros particulares, se convertían luego en pasantes ó auxiliares de los médicos, junto á los que adquirían conocimientos teóricos y destreza y serenidad en la práctica.

En Cataluña conferían licencias para ejercer los jurados, representantes del rey y de los municipios, asesorados por peritos cuando los examinadores no eran expertos. Por lo general, los archiatros llenaban la misión de examen y reválidas y también profesores acreditados propuestos por los cuerpos médicos ó por las agremiaciones de cirujanos, boticarios, especieros, etc (1).

Erigidas las universidades de Palermo, Bolonia, París, Montpellier y Tolosa, allá se dirigieron los catalanes á beber en dichas fuentes de sabiduría, y también fueron maestros en tales escuelas. Pero ya en aquellos días y después al fundarse la de Lérida y, sobre todo, en el último período de la Edad media, la ciencia aun conserva de los agarenos los consejos, el renombre de sus famosos Avicena, Averroes, Mesué, etc., etc., mas la institución fué adquiriendo propia faz, carácter extramusulmán, galeno-hipocrático, como tomando posiciones para favorecer el renacimiento, el período erudito, dentro del cual, sin

(1) Acerca de estos y otros varios extremos relacionados con la historia médica del reino de Aragón, tengo publicados varios trabajos, fruto de investigaciones dilatadas y de noticias inéditas.

embargo, nuestra ciencia atesora en su sangre incontable número de hematíes de procedencia agarena.

Procuraré sintetizar mis opiniones diciendo que la medicina árabe y judía respecto á la general medicina europea, en los siglos medios, vino á ser una suerte de injerto ideal que dió frondosidad y robustez al árbol añoso, modificó sus frutos, regalando, al mismo tiempo, esplendor y lozanía acaso exageradas al tallo musulmán. En cuanto á la significación del injerto, opino que fué de naturaleza galénica, reverdecimiento pomposo y modificado del saber heleno-alejandrino; los hijos de Mahomet constituyeron nueva y muy briosa falange de comentaristas, con no pocas muestras de investigación propia y adaptación filosófica, escasa anatomía, bastante observación clínica y exuberante imaginación, con lo cual tomó carácter especial y nuevo la medicina de entonces.

*
* *

Con poco esfuerzo, pero sin lucimiento y fruto, pudiera, señores, brindaros un corpulento volumen con disertaciones ligadas á la tesis que aquí se ha desarrollado y especialmente las que dicen relación con la medicina medioeval del antiguo reino aragonés; mas como el solo intento de semejante obra pecaría de dos defectos, de *heterotropia* y *heterocronia*, como ciertas excrecencias patológicas, y pues no deseo que sobre este oficial y modesto discurso recaigan tales y tan feas manchas, aceptad lo dicho, de ningún valor por ser mío, como muestra inequívoca del contento y de la buena fe con que he procurado dar cumplimiento al cometido honroso con que la Academia me distinguió.

Y ahora tolere vuestra paciencia, á guisa de utililogo, un recuerdo al puro deleite que proporcionan las investigaciones histórico-médicas y que explica los desvelos del autor de la Memoria premiada con vuestros aplausos.

Dicha legítima é inefable es el premio otorgado al que escudriña, conoce y perfecciona la historia en alguna de sus múltiples ramas, y tal galardón le corresponde al Dr. González

Prats. Mas el cronista, aparte de la perfección de su saber, de lo noble y venerable de su empresa altamente instructiva y moral, asiste á la más bella y heroica labor de los hombres; él encuentra enseñanzas y descubre novedades á todas horas, entre lo que, despectivamente, llama vejezes el ignorante; parécele, en medio de sus búsquedas, que entabla amistad cordial con los varones ilustres del pasado; que departe con Hipócrates, Aristóteles, Celso, Areteo y Galeno; que visita las escuelas de Cnido, Alejandria, Coos, Bolonia y Salerno; él se representa á Averroes, Albucasis y Maimónides; saluda admirado á Colombo, Pareo y Vesalio, habla con Spallanzani y Haller; aplaude á Jenner, Bitchat, Laë nec y ciento y mil que constituyen la falange de sabios médicos de todos los siglos y de todos los pueblos cultos...

Sólo el historiador vislumbra, con alguna claridad, el desarrollo vital de la institución sanitaria cuajada de sacrificios y conquistas admirables, utilísimas, incontables, que, empezando en las nociones y prácticas que hoy por vulgares ya no se aprecian en toda su majestad, llega á los tiempos cercanos ostentando en su diadema tesoros de la experimentación y del genio que se llaman *circulación de la sangre, localizaciones cerebrales, vacuna, quinina, antisepsia, anestesia, sueroterapia, mercurio, alcaloides, higiene* y demás descubrimientos incontables, otros tantos motivos de asombro, de orgullo y de felicidad de los humanos...!

En otros tiempos, ¡ay!, abrigué, presuntuoso de mí, la ilusión de hacer algo en bien de la ciencia de curar y de la historia singularmente; mas pasaron los días y es forzoso contentarme con el dejo sabroso de aquel deseo, hasta hoy incumplido, que varones meritísimos, como el nuevo académico, llevarán á buen término según adelantan la forma, substancia y objeto de la disertada obra que hemos celebrado; entre tanto puedo dirigirme á mi Yo y decirle con no escaso júbilo, mezclado de cierto orgullo: « he vivido en el período más brillante y fructífero de nuestra profesión; respiré el aire mismo que Cl. Bernard, Lister y Koch; vi y oí al inmortal Pasteur y al benéfico Roux, cifra y compendio de la medicina moderna; conocí á Pedro Mata; fuí amigo de Letamendi y de Cajal, y he alcanzado aquel período en que la Providencia redujo los límites de España para curarla de su delirio de grandezas y fiebre de ultramar...

no describí la historia médica de un período deslumbrador, mas presencié sus hechos y vi sus astros.

¡Feliz yo mil veces, si después de admirar el bellissimo celaje científico que nos rodea, puedo asistir á la certificación de la positiva grandeza médica de este pueblo tan querido como desventurado! »

He dicho.

L. COMENGE

Barcelona, 29 octubre de 1905.
